

La desesperación: arrepentimiento y libertad¹

Francisco Camacho

La desesperación en Kierkegaard no es lo opuesto a la calma. La desesperación es una espiral ascendente que nutre al espíritu e ilumina la voluntad en diversas perspectivas.

La desesperación es motor de la actividad humana que, a fin de cuentas, busca un sentido. La espiral de la desesperación adquiere giros diversos. Formas que dependerán de aquello que el desesperado pretende alcanzar.

En *La enfermedad mortal*, el filósofo danés dibuja las aristas de la desesperación y muestra así los diversos rostros de una misma cara que es la existencia humana.

Aparece en escena la desesperación como *la no espera* y, en este sentido, es desesperado quien no conoce la continuidad de una conducta. Quien nace en cada acción y en cada acción se desgasta. Es la desesperación del apetito, la ansiedad por el fin. Es la inmolación continua en honor al goce.

Esta es la típica desesperación de quien lleva una vida estética. Al esteta, como llama Kierkegaard a quien ve en el acto mismo el fin, le es imposible la continuidad y la perseverancia, salvo en actos aislados. Por paradójico que esto parezca es quien teje su vida en la discontinuidad. La proyección de un objetivo final exige la espera, y el esteta no tiene la capacidad de esperar.

¹ Todas las citas a excepción de la que se refiere a la del Dr. Luis Guerrero, están tomadas de *La enfermedad Mortal*

Ed. Guadarrama. Madrid 1969

Traductor Demetrio G. Rivero

El segundo giro en esta espiral de la desesperación es *la falta de esperanza*. No se habla de la espera, sino de la esperanza: el futuro en que no se puede dar por seguro el acontecimiento proyectado, pero tampoco se puede dar por frustrado. Es el desesperado que pierde la esperanza como la posibilidad del bien en tanto posibilidad a quien pertenece a este segundo aspecto de la desesperación. Le pertenece al hombre que no accede a la ética, puesto que la ética supone una trascendencia que va más allá de lo constatable.

Por último, se encuentra la desesperación entendida como *lo opuesto a la quietud pasiva* y que se refiere a la búsqueda de trascendencia, que le es plausible a quien busca la salvación más allá de lo inmediato. Este rostro de la desesperación es diametralmente opuesto a la desesperación del esteta.

Verdad y desesperación están estrechamente vinculadas. En un momento histórico definido desde entonces y hasta nuestros días, en el sentido de que la característica de la verdad es su *objetividad*, surge la voz que reclama su sitio emanada desde un rostro concreto: la verdad subjetiva que no es la mera subjetividad sino la elección de sí mismo.

En el caso de la verdad subjetiva (...) es la verdad la que nos observa y cuestiona, es la verdad la que exige de nosotros y espera una respuesta, el observador es observado y llamado a cuentas. El que se enfrenta a la verdad desde la subjetividad puede quedar intranquilo o dubitativo, en cualquier caso, se trata de un conocimiento que cuestiona nuestra posición ante el sentido de la vida y exige de nosotros una respuesta y un compromiso. (L. Guerrero. La verdad subjetiva; p. 64)

La desesperación se convierte en el motor de acción y esa acción se orienta principalmente a la elección de sí mismo. Cuando la desesperación está orientada a los objetos externos del "sí mismo" tal desesperación no es satisfecha y se mezcla como desesperación de no espera y de falta de esperanza, en donde

subyace el llamado de ese “sí mismo” que es la propia elección. En esa elección se hace patente que la libertad es el “sí mismo” y tal libertad no está orientada a lo externo:

Él se elige a sí mismo, no en sentido finito, pues entonces ese “sí mismo” se convertiría en un finito que se encontraría entre otros finitos...”

La elección como epifanía de la desesperación en el sentido de motor de acción, como angustia constructiva, es la que da lugar a la aparición de mí mismo. Y aquí entra la genealogía del pecado, entendido como la renuncia a la elección. Y renunciar a la elección es renunciar al arrepentimiento.

La expresión de esa lucha, de esa adquisición es el arrepentimiento. Su arrepentimiento se remonta al pasado y su objeto es él mismo, la familia, la raza y finalmente, se encuentra a sí mismo con Dios. Sólo con esa condición puede elegirse a sí mismo...

El arrepentimiento no es otra cosa sino ese encuentro final que nos pone en presencia de Dios: el arrepentimiento es la renuncia a la finitud.

Su sí mismo se encuentra como fuera de él y debe ser adquirido, y el arrepentimiento es su amor...

Así, si el arrepentimiento es la renuncia a la finitud, el pecado es la pérdida de mí mismo contra la elección que es elección de mí mismo.

“Todo amor, comparado con el arrepentimiento, es balbuceo de niños”

El arrepentimiento es un asunto del cristianismo y este arrepentimiento es causado por la desesperación que entendemos como angustia. Incluso, señala, el autor, el judío no podía arrepentirse porque no podía elegirse a sí mismo en

absoluto. El cristianismo, por el contrario supone la asunción del “mí mismo”, “el que toma su cruz”, para citar las propias palabras evangélicas.

Esta opción por el “sí mismo” es la aceptación de la libertad y, en palabras del autor, cuanto mayor es la libertad, mayor es la falta: he aquí el asunto de la desesperación angustiosa, la que es motor de la acción. Desesperar es ya no suspirar a causa de la melancolía que es la añoranza de lo externo, es desesperación que se lanza al mundo de la libertad.

Ahora encontraremos otra oposición en lo que se refiere al mundo ético, frente al estético: Lo estético es opulento porque se mueve en el mundo de los objetos, de los objetos externos al “mí mismo”, y se distingue de lo ético que puede, en contrapartida calificarse de mediocre si se le compara con lo estético.

La desesperación es pues esa actitud frente a la llamada evangélica a quien gana el universo pero pierde su alma, pues en el fondo quien pierde su alma también pierde el universo. Salvar el alma, por el contrario, significa una posición de indiferencia frente al universo y, por paradójico que esto parezca, esa indiferencia es la desesperación, es decir la no espera en lo finito sino en lo absoluto, y ese absoluto es el “sí mismo”.

“ganar el mundo entero perdiendo el alma es la desesperación y, sin embargo, estoy convencido de que la desesperación es para el hombre la verdadera salvación” (p. 90)

Esta aparente o real paradoja en Kierkegaard es un rotundo pronunciamiento en contra de la filosofía hegeliana, como se ve en los párrafos finales de este capítulo:

“Quien se desespera en la búsqueda de sí mismo, está buscando el absoluto” y el absoluto, contra lo que pudiera plantear el filósofo alemán es la libertad:

Este análisis ha llegado al punto nodal de su planteamiento: el “sí mismo” y no un absoluto abstracto, es el punto de partida de la ética:

El bien existe porque yo lo quiero, dice el autor, pero aquí es indispensable hacer la precisión de que no se trata de un subjetivismo, sino de un rescate de la personalidad, de una clara afrenta a una filosofía que plantea un absoluto tirano en donde la libertad no es más que una encarnación del abstracto espíritu, y el espíritu no es abstracto es el “sí mismo”.

Por eso el mal le es esencial al hombre aunque no es su esencia: dicho de otra manera, no hay mal en abstracto sino en cuanto el hombre lo elige.

En la elección está el centro de la ética, que, como ya se ha dicho es aquello por lo cual deviene lo que deviene. Esto significa que el desarrollo estético es igual al desarrollo de una planta y por el contrario:

“...el que considera la personalidad éticamente encuentra de inmediato una diferencia absoluta: la que existe entre el bien y el mal...”

Y con esta frase queda determinada la esencial diferencia entre la vida estética que propone un desarrollo inmanente, en tanto que la ética es el único que trasciende, en donde la trascendencia no es talento sino decisión... finalmente, elección.